

El árbol de mi ventana

Le veo todas las mañanas antes del alba a la luz de una lámpara que hay en la calle y lo ilumina desde arriba dándole a las ramas secas y pálidas un ligero matiz verdoso como de residuos de vida. Igual veo a la María Juana, mi vecina. Son dos vistas que me emocionan y maravillan.

El árbol lo tengo encima y enfrente la María y les veo los cambios día a día, pero lo que más me impresiona son esas hojillas que resisten verdecillas en las puntas de las ramillas más altas, las madrugadas tan frías que todo lo aniquilan. Y las veo temblar, tan chiquitillas y tan tiesecillas, movidas por el aire helado que precede al día y cuaja la escarcha en el tejado de mi vecina. Ella es tan templada como esas hojillas. Todo lo que le rodea es seco, ruinoso y muerto, igual que el arbolejo, pero ella resiste más firme que el acero y da ejemplo de lo que puede un ánimo bien dispuesto.

¿Qué hilo de vida tendrán esas hojillas en la última punta de la rama fría, con los troncos secos y los palos yertos por los fuertes hielos?. Se mantienen enhiestas, tiasas y derechas estas hojillas, sin que las doble el viento, como todo lo pequeñejo, que se mueve entero, personas y cosillas pequeñillas.

El aire frío es como un hilo de acero o un filo de corte muy fino, pero esas hojas lo aguantan, lo soportan y no se caen como se cayeron las otras y aunque se muevan no se doblan.

Se sabe sin embargo que a estas hojillas tan templadillas y heróicas que se mantienen firmes contra la crueldad del tiempo, se les secará el rabillo y se las llevará el aire a fecundar la tierra de que proceden y que la María Juana y yo, testimonios residuarios de una floración que pasó, seremos igualmente abatidos y vueltos al lugar de origen, como es de ley al completarse el ciclo vital de cada ser, por mucha que sea su fortaleza y por grande que parezca su resistencia ante los embates de la vida.

La María Juana y yo nos hacemos compañía a distancia, es más bien un presentimiento que una realidad, la certeza de sabernos próximos, de oírnos de toser y de ver nuestras sombras alguna vez que otra, según los tiempos, porque el árbol nos pone en el verano la cortina de su follaje aunque ella me ve por debajo y sabe al dedillo por dónde ando, cómo y cuándo. Es sorprendente que las personas se compenetren hasta sin verse y puede ocurrir que hasta se molesten como dos compañeros corrientes

En medio de la indiferencia que rodea al viejo, esa proximidad etérea, representa una gran compañía. Es un bien esta fiscalización y un miramiento respetuoso el de lo que pueda pensar de uno persona tan cuidadosa, tan vigilante, tan austera, tan firme en su posición que se hace admirar y sentirse uno empequeñecido ante la incommovible entereza de su carácter y su increíble capacidad de renunciación

¡Qué madrugadas!. El cierzo helado penetra por las rendijas con un silbido finísimo y con él el pitido de las máquinas del tren. Hay un silen-